

Por tierras del golfo lejano

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

CAMINOS DE ACECHANZA Y MUERTE — LA TRANSFORMACION MARAVILLOSA.
INGENIEROS, AGRICULTORES Y GANADEROS — JUAN MARIA DOMICO
PESCABA CON DINAMITA...

Veinticinco años atrás solo primaba en estas infinitudes el imperio de la selva. Desde Dabeiba tórrido hasta Turbo sudoroso y lacustre se empleaba casi una semana a lomo de mula o a quimba de peatón, por una sombría trocha de miasmas y de lodo, abierta a machete por entre la áspera e interminable manigua. Por allí pasaron una y otra vez los pálidos hombres de nuestros enganches, cuando en 1939 iniciamos, a la orilla del Golfo de Urabá, la ingente tarea de construir una carretera hacia el interior para poner al alcance de las llantas antioqueñas la orilla salvaje del Atlántico maicero.

Iban los trocheros, los hacheros, los cavadores de la tierra, los rulos morenos por unos senderillos ulcerados a donde nunca llegaba el sol. Iban en fila india, callados, cortando a filo de machete los plantanillos silvestres que les impedían el paso. O se detenían un instante para matar una mapaná o aplastar una araña gigante o decapitar un "verrugoso". Lo hacían serenamente, sin aspaviento alguno, como que esto era un simple incidente del viaje a través de más de doscientos kilómetros de selva virgen. Vadeaban los ríos indómitos y desembocaban alguna vez en un caserío de miseria, formado por tres o cuatro ranchos de palma oscura, en cuyos patizuelos de invierno crecían un árbol del pan y dos o tres cocoteros. Llegaban extenuados una tarde cualquiera a nuestro campamento a la orilla del mar. Se situaban frente al corredor de la mayoría y nosotros —Julio Delgado y yo— íbamos anotando sus nombres y la estipulación de sus jornales en el cuaderno rayado de personal.

Al día siguiente, paralela a la nuestra, empezaba su batalla. Los pantanos, los caños negros, los manglares laberínticos, las rayas, las babillas, los cangrejos, las serpientes refugiadas en el lodo. Había que trabajar en ellos, bajo el calor húmedo y pringoso, quemados por los alfileres iracundos del jején y el zancudo, para ganar un peso y cincuenta centavos cada día...

CAMINOS DE ACECHANZA Y MUERTE

Ahora viajamos en un auto ciudadano por una carretera angosta pero firme, sobre cuya grava rubia no queda siquiera la huella de las llantas. Amarillo, saltante y hondo, el Riosucio corre a nuestra izquierda por su camino de rocas, en una profundidad de vértigo. A la derecha se alzan, casi verticales, los taludes pétreos cubiertos de rastrojos o pelados y tersos. Por sus planos se desliza a trechos la cortinilla blanca y viva de una pequeña cascada. Si el vehículo se desviara solo un poquito rodaríamos a la sima. Ni siquiera tendría objeto el tratar de rescatar nuestros despojos.

Esta que transitamos al atardecer, es "La Trocha". Aquí es y será todavía la selva. La topografía es tan abrupta que nadie intentará abatir los grandes árboles, la tupida maraña, para despejar un suelo tan desnivelado y rocoso que en ninguna labor podría ser utilizado. Lo sorprendente es que a pesar de serlo aparezca así, poblado de verdura.

"La Trocha" fue en cercanos y muertos días largo camino de acechanza y de muerte. Camino de cruces que la barbarie sembró de cadáveres. Hay en cada recodo un pequeño montículo de piedra y en lo alto la huérfana humildad de dos palos negros, cristianamente cruzados.

El viejo Correa, nuestro conductor al volante, es un veterano de estos lugares. Viajó por ellos temerariamente en los más azarosos días. Sabe el nombre de cada quien caído en el sitio de cada cruz en el tiempo de la monstruosa violencia.

Llueve. Llueve tenaz y convencidamente. Vamos por entre la lluvia. La carretera está convertida en río. Bajo el rumor invernal, las abominables historias de aquel tiempo nefando, producen un malestar inevitable.

Dentro del coche cerrado todos escuchamos en silencio...

LA TRANSFORMACION MARAVILLOSA

Y aquí, por fin frente a los ojos, en esta nueva mañana solar de loros y oropéndolas, está la tierra nueva, la recién creada, tal como ha surgido de la selva en veinticinco años de incesante lucha contra los más ásperos elementos. Los pastales se extienden, inmensos, a ambos lados del camino. Alguna ceiba o un alto caracolí, todavía envueltos en lianas pertinaces y erguidos sobre la planicie dominada, dan testimonio y medida de lo que fue la antigua floresta.

Las enormes fundaciones por donde ahora pacen abundantes ganados se extienden en el paisaje de ríos y lentas nieblas desgarradas, lavado y brillante como si al lienzo de Dios le hubieran dado al punto del alba un buen baño de aceite lustral.

Las ganaderías —nombradas al azar— se llaman "Guapá" o "Juradó", "La Fortuna" o "Carepa", "Bijagual" o "Villamaría". Casi todas llevan los nombres de los ríos que bañan sus tierras. Cubren vastas extensiones de tierra que se extiende plana, henchida a veces por el relieve de ligeras

colinas. Miles de reses mugen en los potreros todavía llenos de lluvia. Braman las vacas maternales ante la empalizada de los corrales donde los críos esperan.

A veces, dentro del ajeteo, un ternerillo mitad criollo y mitad cebú, se queda quieto y tranquilo, como alelado. Tiene quince o veinte días de nacido. Tiene líneas firmes y esbeltas. Tiene el morrillo degenerado que es solo una graciosa curva de donde arranca el lomo delicado. La testa pueril está quieta un momento y la cara del becerro es seria y linda. Del pequeño y doble remolino frontal donde nacerán los cuernos, hasta la punta de la cola, y del morrillo a las pezuñas, es un animal perfecto, de magistral hibridación. Con ella se están haciendo los modernos hatos en la tierra magnífica de Urabá.

La misma tierra misteriosa por donde anduvieron hace treinta, hace cuarenta años los tagüeros de don Eusebio Campillo, magnate del marfil vegetal, venido a menos con la ruinosa aparición de los plásticos.

Tierras de tagua y cauchos silvestres. Trochas de peligrosa aventura. Caños de fiebre. Pantanos infestados de reptiles. Lugares de anemia y pian por cuyos bosques exudantes solo se aventuraba la codicia sin fronteras, dentro de un mundo sin dueño que tampoco las tenía, tras la resina y la almendra dura.

Esto es otra cosa. El amarillo familiar de las máquinas agrícolas pone su nota optimista y rinde su testimonio. Hay granjas experimentales. Frente a la casa de dos pisos de la hacienda "La Fortuna", he visto un tractor y unos arados. La explicación me ha parecido obvia cuando me dicen que la propiedad es de un japonés y un antioqueño.

Qué gran gente los japoneses. Donde hay un japonés hay siempre un arado.

INGENIEROS, AGRICULTORES Y GANADEROS

Rafael Betancurt Vélez y Gregorio Mejía Ruiz —el segundo de ellos ha muerto ya— dos grandes ingenieros de Antioquia cuyas obras perdurables andan dispersas por todos los lugares del país, han creado en cuatro lustros esa enorme parcela de asombro que es la hacienda de "Guapá". La iniciaron en 1939, partiendo de una abertura mínima, comprada por 28.000 pesos a un comerciante rico de Cartagena que ni siquiera la conocía.

Fue solo el principio de una lucha que no ha terminado todavía. Su iniciación coincidió con la de una aventura profesional que por el aspecto material resultó infortunada. Me refiero a la construcción de la carretera Dabeiba-Turbo que Betancurt y Mejía, con este último al frente de los trabajos, llevaron a cabo a través de las más adversas circunstancias y con intervención de los más contrarios factores naturales y artificiales, desde la presión económica hasta la persecución política.

Si como constructores de carreteras los dos altos profesionales paisas se salieron técnicamente con la suya, como hacendados las cosas les han

salido de la mejor manera posible. "Guapá" es una maravilla. Más de mil reses pacen ahora por sus dilatados potreros de elefante, regados por dos ríos y atravesados por una de las vías carretables más importantes del país.

Jorge Herrera me cuenta lo que ha sido esa prolongada brega creadora a lo largo del tiempo. No todo ha sido tumbar árboles y sembrar pastos, soportar el invierno, sufrir la incomodidad de las distancias y la falta de elementos y las dificultades todas del aislamiento, cumplido todo ello con eventuales y muy frecuentes afugias de dinero.

Hubo también el oscuro tiempo de la violencia. De la destrucción sistemática y deliberada. Hubo la resistencia guerrillera, dispersa por la selva. La muerte andaba suelta por tierras de Urabá.

"Guapá" estuvo abandonada por espacio de tres años. Nadie se atrevió a volver. Ni siquiera Jorge Herrera, el temerario administrador de bienes de Betancurt y Mejía. Los potreros se "alzaron" y los ganados se remontaron. El cuatrero, el incendio, el paveo, estaban al día. Los ganados de la hacienda vivían a la buena de Dios. Se reproducían al azar. Morían por falta de cuidados y estaban, en fin, sometidos a toda clase de riesgos.

Cuando por fin fue posible volver sin peligro inminente de perder la vida, los potreros estaban invadidos de maleza, las cercas caídas y la casa en ruinas. Fue necesario empezar de nuevo. Contraer pesadas deudas para poder reconstruirlo todo.

Ahora todo se ha restaurado y las cosas andan normalmente. Y si hablo del caso de "Guapá" es porque es el de todos en la región del golfo y el fenómeno del resurgimiento presenta las mismas características.

JUAN MARIA DOMICO PESCABA CON DINAMITA

Nos hemos visto ante una disyuntiva propia del tiempo santo. La de comer carne contra toda prescripción católica o contentarnos, cada uno, con un par de huevitos en cacerola junto al arroz blanco del almuerzo. Lo absurdo es que en esta tierra de grandes y tumultuosos ríos selváticos—Guadualito, Currulao, Riogrande, Churidó, Apartadó, Zungo, Carepa, Chigorodó, Guapá, Juradó, Chadó, Porroso, Apurrumiadó, Surrumbay, Longaní, Mutatá y treinta más— no se consigue ya una zabaleta de cuatro libras, o bien cuatro de una, para el almuerzo honorable y canónico de ocho personas en plan de observar el precepto religioso.

Como en el Cauca y en La Miel, como en el Barragán y en el Quindío, como en el Meta y en todos los ríos de las regiones colombianas, la dinamita abominable ha destruido la fauna acuática y pronto acabará hasta con el último alevino.

Yo he visto con mis propios ojos en el caudaloso Meta, donde bastaba hasta hace dos años tirar un anzuelo para sacar en cinco minutos un dorado de diez libras, el estrago pavoroso de la dinamita. He visto la super-

ficie del río literalmente cubierta por miles y miles de peces muertos, de los cuales los estúpidos asesinos de peces no aprovechan más de la centésima parte.

Eso mismo ocurre en todos los ríos grandes y pequeños, en todos los arroyos de Urabá. De una excursión de pesca ya no puede sacarse más que una buena quemadura de sol.

No he conocido aquí en ninguna parte del país —y claro está que mucho menos en Urabá— una sola persona investida de autoridad que haga siquiera algo por evitar, por castigar la criminal pesca con dinamita.

Pero hay otro aspecto de la cosa, y es la peligrosidad de ese mortal elemento para la vida y la integridad del hombre. Ejemplo patético de ello es este pobre Juan María Domicó, que vive —si a eso puede llamársele vivir— en un ranchito de hoja de palma, a la orilla del río León, en plena selva, con su familia.

Pobre indio Domicó. Hace seis años, mientras dinamitaba un remanso en el río Chigorodó, un cartucho le explotó prematuramente entre las manos. Apenas si logró quedar con vida. Aunque la verdad es que la dinamita, como si tuviera un alma humana y perversa, gusta más de mutilar que de matar. Que lo atestigüen los mil mancos que mendigan en los caseríos riberaños del Magdalena.

El pobre Domicó no mendiga porque es un indio de mucha vergüenza. Se vale con sus muñones trágicos. Así pesca, ahora sí con su vieja caña que no debiera haber olvidado nunca. Pero ya se ha dicho que los peces son escasos. Así mutilado, con el pecho lleno de costurones cicatrizados, se ingenia para manejar las herramientas de labranza.

Pobre Juan María Domicó, servicial y bueno, con su mujer y sus tres hijos, siempre vegetando en hambre, desnudez e intemperie, junto al río más pobre cada día. Es valiente y estoico. Es bondadoso y ríe siempre. Pero tiene su escepticismo muy razonado y justificado por toda una vida de experiencia. Sabe que nadie hará nada por él ni por su raza callada e irredenta que cada vez se arrincona más lejos y está más desvalida.

Sí. Es escéptico a su modo. Cuando Jorge Herrera, su buen amigo y protector, le pide que pose para un periodista de la ciudad que tiene una cámara fotográfica, él no se niega pero dice como al margen de un hecho inevitable:

“Mucha máquina de retrato cuando vienen por aquí... Pero cuando se van, nadie se vuelve a acordar del pobre indio”...